

Capítulo 22

FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

La Confederación Peruano-boliviana: los últimos sueños bolivarianos y los primeros de integración *

SUSANA ALDANA RIVERA

En el ámbito político del nuevo concierto internacional resurgen con fuerza los nacionalismos contraponiéndose a una realidad económica que tiende a la unificación de mercados en distintos niveles. En el umbral del siglo XXI la globalización de la economía emerge como la característica más saltante del momento, quizá marcando la antesala a un nuevo sistema político que plantee, en medida semejante, la mundialización de los estados. En todo caso, la participación posible cuanto deseable de América Latina en este nuevo panorama internacional, supone la creciente integración regional y subregional.

Así, en Latinoamérica se plantea la integración como primer punto de la agenda regional y se resalta su viabilidad por cuanto se comparte un pasado y una cultura común. Una frase que va más allá del simple cliché, que supone reconocer que el virreinato dejó impresa una huella indeleble en nuestros países y que es en nuestra rica y variada historia donde podemos encontrar elementos comunes que posibiliten la integración de las regiones latinoamericanas: en el análisis de nuestra semejanza podremos hallar y definir nuestras particularidades. Estos dos niveles de relación —el subregional (países) y el regional (latinoamericano)— signan nuestras amplias posibilidades de desarrollo y de ubicación internacional en el futuro.¹

* Este artículo se desprende de una investigación que realizara en 1996, en el marco de un proyecto sobre la historia de las relaciones entre Perú y Chile dirigido por el doctor Félix Denegri Luna. Sirva de homenaje a la memoria de una cálida persona que me permitió el acceso a su biblioteca y sobre todo a su amistad.

¹ Al respecto es interesante el estudio de Escobar (1993), quien trabaja la viabilidad de la integración en el marco de las capacidades de los países de la región en América Latina.

La percepción no es nueva, aunque se plantea en estos términos. En diversos momentos de nuestras historias hubo intentos, fallidos, de lograr la mancomunidad de intereses y de políticas que de manera parcial o general, abarcasen al conjunto del continente. Basta ver los intentos actuales del Mercosur, versión contemporánea del ABC de los años cuarenta,² o recordar el GRAN en los sesenta,³ los intentos panamericanistas del siglo XIX y en particular los sueños bolivarianos del Libertador y de algunos de sus contemporáneos.

En efecto, fue Simón Bolívar quien, traduciendo un sentimiento de su época, planteó la conjunción de intereses de los americanos y luchó por una América libre y unida. Una lucha que, en un contrasentido tan propio de la realidad, por el mismo momento histórico en que se desarrolló estaba perdida de antemano, con las explosiones de regionalismos y nacionalismos que fueron los puntos de partida en la carrera de la construcción de naciones que caracteriza al siglo XIX⁴. El mismo Bolívar diría que gobernar América Latina era arar en el mar; y algunos años después, en el apogeo de su carrera administrativa como presidente de Bolivia, Santa Cruz estaría también muy consciente de la situación: «es demasiado sensible de que los americanos no podamos uniformar nuestros intereses y trabajar únicamente por la paz y concordia que son las primeras necesidades».⁵

Aun hoy, la unidad de América Latina es percibida desde el exterior en lo relativo a cultura y población pero apenas sí en estos aspectos en el interior; probablemente porque, como señala Escobar (1993: 64), la integración no ha sido asimilada como un valor cultural de amplio consenso capaz de incidir como

² Ulloa (1987: 20-21) señala que a principios de siglo se dio el ABC, grupo político más tácito que explícitamente constituido, conformado por Argentina, Brasil y Chile. Algunos de los dirigentes del Perú pensaron en un absurdo ABCP puesto que primero habríamos quebrado nuestra tenaz y justificada tradición internacional de evitar la gravitación sobre nosotros de bloques regionales que se formarían al norte o al sur, y luego hubiésemos sido invitados sin espontaneidad o aceptados sin agrado porque no éramos necesarios para aumentar la importancia del ABC; por último, habríamos sido un «pariente pobre», sin voz cantante en el grupo. Interesantes reflexiones que pienso son válidas para el tipo de integración que se busca en el Mercosur de hoy. Sobre este último intento de parcial integración económica latinoamericana, ver Schwarzer (1993: passim).

³ Es decir, Grupo Andino. También podría recordarse al Alalc, el Aladi y al MCCA, intentos de unión económica en Latinoamérica para la creación de zonas de libre comercio o uniones aduaneras que han terminado en *simples áreas de preferencias arancelarias*. Ver Escobar (1993: 70).

⁴ Un interesante estudio de Anderson (1983: 77-101) analiza los nacionalismos, sobre todo en Europa. Sin embargo, tiene algunas dificultades para aplicar su modelo de análisis en países como los nuestros, que cumplen con muchos de los requisitos para conformar una sola nación (lengua, cultura e historia común) pero que se caracterizan por su diversidad.

⁵ Carta fechada en Chuquisaca a 15 de abril de 1833 y dirigida a Pío Tristán, en la cual Santa Cruz manifiesta gran preocupación por los eventos que se aproximan ante la convocatoria de la Convención Nacional. Publicada en Santa Cruz (1992: 49).

variable positiva en el sistema político de los respectivos países. Países que ante ese valor sienten menoscabada su identidad, tan elusivamente buscada y fuertemente protegida —aunque no esté encontrada ni definida— y que olvida que esa identidad no supone una autarquía cultural.

Bajo este marco, me interesa plantear algunas pautas de reflexión sobre los primeros intentos de integración; tratar de establecer los intereses contrapuestos de los distintos países y sobre todo los temores que llevaron a socavar continuamente, unos y otros, cualquier intento real de establecer una integración americana. En este sentido, un momento particularmente interesante es la etapa en que se trata de llevar a cabo lo que podríamos llamar los últimos sueños bolivarianos en el sur del subcontinente, que al menos se llegaron a plasmar en los efímeros tres años que duró la Confederación Perú-Bolivia (1836-1839). El objetivo es acercarse a la coyuntura que permitió esta Confederación, a la situación económica que estuvo detrás de las acciones políticas que, a su vez, condicionaron las militares. Esto supone rebasar los límites nacionales que delimitan no solo el territorio sino también la historiografía, y percibir que el ideal bolivariano no recogió la realidad objetiva de nacientes estados cuyos afanes regionalistas, encubiertos por la estructura virreinal, comenzaron a aflorar cuando esta empezó a declinar y simplemente explotaron apenas se diluyó.

Los sueños de Andrés de Santa Cruz y Agustín Gamarra, contemporáneos del Libertador, recogieron su impronta ideológica en diversos grados y matices; variaciones o desviaciones del original que, combinadas con sus propias representaciones regionales e intereses particulares, los llevaron finalmente al enfrentamiento: el primero, Santa Cruz, perteneciente a una región emergente como el Alto Perú, buscaba la federación de dos estados independientes pero complementarios, Perú y Bolivia; el segundo, Gamarra, miembro de una conspicua y tradicional región señera del sur, apostaba por la reconstrucción de un orden previo que suponía restituir el dominio del Perú, del Cuzco, sobre el Alto Perú.⁶ En estos hechos, Diego Portales, el gran primer ministro chileno, tuvo una participación decisiva; con visión de estadista se dio cuenta de que se recreaba un estratégico y poderoso eje económico en la región surandina, que amenazaba la consolidación de su pequeño país, y bregó en contra de esos sueños convencido de que obtenía la segunda independencia de Chile.⁷

⁶ Los intereses contrapuestos de estos personajes quedan registrados en cualquier texto que trate puntualmente los hechos de la Confederación; ver por ejemplo Vargas Ugarte (1966, VIII) o Basadre (1948, 1963). Hay que tener en cuenta que, desde la perspectiva del Perú, el Alto Perú es una región que emerge y se constituye en un estado diferente.

⁷ Al respecto es interesante el análisis que hace Barros Jarpa, Ernesto (1956) sobre esta «segunda independencia». La idea caló tanto en la época que hasta Vivanco la utilizaría años después para

El amargo despertar en 1839 dio por concluido ese bolivarianismo que suponía la anexión territorial de espacios que la opinión generalizada señalaba como partícipes de una misma realidad histórica y que se pensaban arbitrariamente separados; el ejemplo más nítido en esta parte, el Alto Perú. Ya el virrey Guirior señalaba que el Alto y el Bajo Perú no debían dividirse y esa opinión, desde arriba, desde la autoridad, fue muy compartida en la época; había demasiados intereses en juego y vínculos tradicionales como para aceptar fácilmente la separación. En verdad, Bolivia y Ecuador eran regiones articuladas, que durante el tiempo habían perfilado su propia personalidad como sociedades y que habían buscado el modo de independizarse,⁸ a semejanza de lo que había ocurrido en Chile, país del cual sus propios estudiosos señalan que los tres siglos de virreinato le permitieron *modelar su idiosincrasia y demarcar sus fronteras anímicas* con respecto al resto de Latinoamérica (Eyzaguirre 1973: 398). En adelante habrá un contexto diferente para el panamericanismo, en busca de reunir a los ahora diversos y distintos estados sudamericanos en un frente unido de defensa de los intereses comunes, y para las expansiones territoriales comprensivas dentro del sostenimiento del equilibrio de poderes, los estados nacionales y su proyección continental.

En el caso peruano, el término de la Confederación significó, en lo internacional, su fin como núcleo tradicional de poder político y económico en América del Sur hispana; el guano, unido a un carismático personaje como Ramón Castilla, le permitiría fugazmente recuperar esa posición de líder continental, pero en el fondo este país tuvo que enfrentar una lucha por encontrar una ubicación en el precario cuanto incipiente equilibrio de países americanos que, con altas y con bajas, hoy ha cristalizado en el predominio del sur —Brasil, Argentina y Chile—, frente a un Perú ubicado como potencia latinoamericana de se-

referirse al orden que supuestamente él encarnaba luego de la Confederación en sus choques con Castilla (Basadre 1948).

Por otro lado, no está de más recordar que para 1830 Chile se extendía del Copiapó al Bío-Bío, pues aunque territorialmente comprendía la Araucanía, el estado chileno se demoró prácticamente todo el siglo en someterla. Además solo en 1848 se expandió oficialmente hasta el Estrecho, generando toda una suerte de conflictos con Argentina. Ver el prólogo de Denegri Luna a las memorias de Lavalle (1994).

⁸ Desde la perspectiva histórica no hay aún un trabajo específico sobre este punto; pero son múltiples las referencias en la historiografía de esos países. Ver Abecia (1979) y Finot (1946) para Bolivia, y para el Ecuador, de corte más geográfico, Deler (1987). Puede pensarse que con la independencia estas regiones quedaron separadas de sus virreinos y que como Abascal no podía aceptar tal autonomía las colocó de facto bajo la jurisdicción del virreinato del Perú.

Véase la referencia a la opinión de Jáuregui (20 de mayo de 1778), de paso, rescatando la posición tradicional peruana, en Basadre (1948: 157).

gundo orden. En el ámbito nacional, la clausura de los sueños de Santa Cruz signó el éxito de un determinado modelo económico que favorecía los intereses del bloque capitalino y norteño y que puso fin a la peligrosa y posible voluntad secesionista del sur;⁹ Vivanco y hasta el mismo Castilla en su primer gobierno, marcan la agonía del choque de estos bloques regionales a la que el guano vino a poner fin. Sin embargo, sus últimos estertores se escucharían hasta la Guerra del Pacífico; recordemos como ni bien Flores amenaza la frontera norte (1842), se vuelve a recrear el ejército del norte y el ejército del sur que, al poco tiempo y nuevamente, terminarían enfrentándose.¹⁰ Con vinculaciones tradicionales que se remontaban más de un siglo atrás cuando se creó una serie de circuitos mercantiles marítimos que vincularon a los mercaderes de una u otra región, el bloque conservador, limeño y sobre todo norteño, compartió muchos intereses con el brazo ejecutor de la Confederación, Chile.

Los ensayos de organización de estas nóveles repúblicas se dieron entre la década de 1820 y 1830 y pasaron por un doble problema: organizar un poder centralizado y centralizador del espacio geográfico que habían heredado de la colonia; y, en particular, establecer un Estado con una base económica sólida que propiciara el desarrollo social. En lo internacional, cada país se vio envuelto por diversos temores: el de Bolivia era desaparecer como país ante los afanes argentinos y peruanos; el de Chile, la posibilidad y la capacidad del Perú para reconstruir su poderío colonial que, según él, necesariamente pasaba por un expansionismo que lo incluía; y el de Perú, no perder su importancia y prestancia de otrora ni sus tradicionales ámbitos de influencia: la parte del sur de lo que fuera la audiencia de Quito y sobre todo el Alto Perú. Con diverso grado de dramatismo, estos tres países enfrentaban graves y difíciles problemáticas internas y compartían un mismo temor: que el vecino lograra consolidarse económicamente primero y a su costa.

Desde que se establecen las repúblicas, el punto más importante de la agenda de discusión fue el dominio del mar, y con él, el de los circuitos de comercio. Punto rápidamente comprendido por Chile, que hizo del mismo uno de los pilares de su proyecto nacional; menos percibido en Bolivia, con una tradición

⁹ Valga recordar al respecto que, cuando se crea la Confederación, Orbegoso reconoce la autonomía del Estado Surperuano (10 de abril de 1837). Ver Basadre (1948: 167).

¹⁰ Cuando en el Ecuador Juan José Flores asume su segunda presidencia, que se completa con una tercera, 1829-1843 y 1843-1845, busca establecer la frontera con Perú pero asimilando Tumbes, Maynas y Jaén; posición que obviamente rechazó Perú y que se vinculó al parecer con un intento monarquista de este venezolano. Ver Basadre 1948: 249 y Denegri 1996: 140-151. Sobre el enfrentamiento de los ejércitos del sur y del norte, basta recordar a San Román y Torricos durante el gobierno de Echenique. Una simpática y sucinta visión, de corte periodístico, en Tamariz (1995).

más mediterránea que marítima; y mucho menos aun en el Perú, dividido por el enfrentamiento interno de los diversos bloques regionales que se traducía en la anarquía política. En este último país, la vocación regionalista de sus diferentes espacios pareciera haber pasado menos por la reivindicación y las aspiraciones *in situ* y más por la captura del poder de la capital. Desde el mismo San Martín y Pezuela —empeñados uno en tomar Lima y el otro en no perderla—¹¹ hasta los diferentes caudillos, todos los intereses parecen haber coincidido en el control de la capital. Curiosamente ni La Serna ni Bolívar, ambos recién llegados al Perú, tuvieron dentro de su estrategia político-militar controlar Lima y ninguno de ellos dominó verdaderamente el espacio peruano: el primero se refugió en el sur y tuvo que firmar la Capitulación de Ayacucho; el segundo abandonó la capital y reestructuró su ejército en las serranías de Trujillo, para poco después verse obligado a alejarse del país.¹² En todo caso, quizás el control de la capital significara el de las diferentes regiones y sus ámbitos de influencia: el norte y la recreación de una gran región colonial que se proyectaba hasta Guayaquil y Cuenca;¹³ el sur y la recuperación del tráfico económico-mercantil que hacía de Arica y Mollendo las salidas naturales del Alto Perú, del comercio de Chuquisaca y La Paz respectivamente.¹⁴

Dos poderosas elites regionales; una, la norteña, que había aprovechado bien sus ventajas comparativas y la coyuntura de creciente interés por el comercio de productos eminentemente agrícolas en la segunda mitad del siglo XVIII, como el azúcar, y que se volcaba naturalmente al mar; la otra, dividida internamente por focos de poder en Cusco y Arequipa, mercaderes también pero fundamentalmente mineros y hacendados que establecieron su bastión de poder en la sierra.¹⁵ No se sabe en realidad qué habrían significado las diferentes opciones

¹¹ En el caso de San Martín, lo dicho es harto conocido. Quizás es menos conocido que esa voluntad de no perder Lima fue una de las causas de los problemas internos del ejército realista y de la caída de Pezuela. Ver lo referido al motín de Aznapuquio en Roel Pineda (1980: 1911-192).

¹² Lo afirmado en este último párrafo es un tema apenas percibido y menos estudiado. No sabemos qué motivos pudieron estar detrás del rencor (¿temor?) que el poderoso bloque vencedor, norteño-limeño le tuviera al Libertador como para perennizarlo como una suerte de demonio en nuestra historia. ¿Acaso no es bastante remarcada la vocación sanmartiniana de los peruanos frente a las pocas simpatías que genera el recuerdo de Bolívar?

¹³ Para mayores datos sobre esta gran región que abarcaba el sur de la audiencia de Quito y el norte de la de Lima, ver Aldana 1992.

¹⁴ Comunicación personal de Marta Irurozqui, quien ha estudiado las elites bolivianas para la vuelta del siglo XIX al XX. Ver Irurozqui 1993.

¹⁵ Con respecto al norte, puedo afirmar la presencia de una poderosa elite mercantil (Aldana 1992); los trabajos de Gootenberg también se refieren a una elite norteña. Con respecto al sur, es un espacio común en nuestra historiografía la presencia de una gran región, conocida como surandino, que

políticas en el momento de la independencia y los primeros años de la república, pero lo que sí es percible es que las inclinaciones de estas dos elites tendieron a ser opuestas, conservadores unos, liberales los otros;¹⁶ quizás, en realidad, tan solo duros proteccionistas contra agresivos librecambistas. Por lo que parece, el norte buscaba el mantenimiento del orden establecido, una república que conservara la estructura social heredada del virreinato —con privilegios y correlato de poderes conocido— y que permitiera la reconstrucción del poder económico de su elite, que se basaba en un peculiar modo de entretejer circuitos de comercio y redes mercantiles. ¿Es posible que el afán por reactivar ese tráfico comercial de trigo chileno por azúcar peruana, compartido por chilenos y norteños, sea una muestra de lo dicho?¹⁷ El sur, por su parte, se convirtió en liberal no tanto para atentar contra el orden establecido sino por encontrar una posición conveniente en el manejo político del país; estos intereses lo habrían llevado a vincularse con los librecambistas, generalmente foráneos, que requerían de un nuevo orden de cosas para su posicionamiento económico y no la reposición de poderes prerrepúblicanos.

Para los años de 1830 era claro que el país que pudiera ofrecer el mejor puerto con las ventajas más convenientes se aseguraba como el punto de arribo de ese arrollador tráfico mercantil europeo que traía consigo la anhelada posibilidad de solventar las repúblicas: aranceles, aduanas y almacenajes, además de la multitud de pequeños servicios —e ingresos económicos— que suponía el bastimento, la carga, la descarga, la madera o el carbón, etc., dejaban grandes beneficios al Estado y a los locales. Por un lado en el Atlántico, y por el otro —y sobre todo— en el Pacífico, los países sudamericanos desataron una verdadera guerra de aranceles para conseguir el control de ese tráfico marítimo que circu-

obviamente tuvo que tener una elite detrás. El centro debió jugar también un papel importante, no en vano las montoneras eran (y han sido) características de esta región; sin embargo, no hay trabajos que la hayan definido como tal. Para Cerro de Pasco está el trabajo de Chocano (1982) y para Huamanga los de Jaime Urrutia (1984), Miriam Salas (1978) y últimamente la investigación en curso de Cecilia Méndez.

¹⁶ Según Gootenberg (1991), la región norte el Perú es conservadora en los primeros años de la república mientras que el sur es liberal. Por el contrario, en los años previos de la independencia los norteños son acérrimos liberales (Aldana 1992) mientras que el sur es conservador, por opción propia o por puro antagonismo con Lima y el norte; ¿es acaso casual que el bastión realista fuese el sur entre 1821 y 1824?

¹⁷ Hay que recordar que el auge cañero de mediados del siglo XVII fue en Trujillo y Lambayeque (Ramírez 1991), regiones desplazadas por la producción de los valles de la costa centro-norte chico como Huaura y Vilcahuaura (Cushner 1980). Recuérdese la discusión sobre el impacto del terremoto de 1687 cuyo balance establece Flores Galindo (1984) y que ha sido esquematizado por Aldana (1996). Sin embargo, luego de la independencia la situación vuelve a cambiar y Trujillo queda sancionada como la región productora de azúcar.

laba por las únicas rutas posibles de acceso directo al Pacífico sur hasta la construcción del canal de Panamá: el estrecho de Magallanes o la ruta del cabo de Hornos por los confines del continente. Argentina y Brasil en el primer caso, donde Chile entraba a tallar tangencialmente, y el clásico triángulo Perú-Bolivia-Chile, donde también participaba de manera indirecta Argentina, sea por sus intereses en Bolivia o buscando controlar o, al menos, participar del estrecho de Magallanes y su importancia clave en el contacto bioceánico.¹⁸

Pese a los diversos intentos de Chile por incorporar al Ecuador como contrapeso en esta maraña de intereses contrapuestos, este país se mantuvo a la expectativa, envuelto por sus problemas internos y su realidad americana que lo volteaba hacia el norte del continente.¹⁹ La muerte del Libertador determinó que Colombia se concentrara en sus propias dificultades —de las que distrajo pocas veces su atención por específicos problemas territoriales coyunturales— y que este país dejara de ser utilizado para equilibrar fuerzas.²⁰ Convertido en imperio con emperador propio, el Brasil se encontraba interesado en su situación interna y se mantenía sutilmente al margen del acontecer del lado español del continente.²¹

Sin Bolívar y su influencia en el continente, ni Portales ni Gamarra tuvieron que enfrentar la amenaza de una alianza del Libertador con Santa Cruz; fue el primer gran momento de distensión política entre los miembros del eterno triángulo. Pero los intereses económicos los habían ido enfrentando en una verdadera y cada vez más virulenta guerra de aranceles y embargos que premiaban o castigaban la preferencia portuaria.

¹⁸ El problema de fondo entre Chile y Argentina fue la Patagonia; finalmente se estableció un Tratado de Límites en 1881, por el cual la cordillera era el límite entre ambos países, que determinó que parte de ese territorio fuese de Argentina. Sobre el tema y el texto del tratado, véase Villalobos 1994: 269-271 y 272-273 respectivamente.

¹⁹ El gobierno del Ecuador se encontraba en este momento en manos de Vicente Rocafuerte, quien tenía una fuerte admiración por Santa Cruz y sus capacidades administrativas además de una orientación más moderada que su eventual aliado Flores, caudillo que buscaba su apoyo para dirigir una expedición contra la Confederación desde el Ecuador, de acuerdo con Gamarra. Ver Basadre (1963: II, 150) y sobre todo Denegri (1996: 120-130). Chilenos como Eyzaguirre (1965: 121) no terminan de comprender cómo fue que Ecuador se mantuvo pasivo a pesar de estar en las fauces del conquistador.

²⁰ Nos referimos a esa fallida alianza comercial y tratado de límites que procuraron establecer Gamarra y Santa Cruz en 1830. En la alianza se estipuló la presencia de Colombia y el tratado debía incluir la cesión del puerto de Arica —punto que el Perú rechazó— (Bruce Saint John 1992: 27).

²¹ La preocupación del Brasil con respecto a lo que sucedía en el lado ibero del continente es visible a partir del tratado de 1873. Ver por ejemplo Frías (1965: 273), quien rescata la opinión pública del Brasil con respecto a la Guerra del Pacífico; aunque oficialmente asuma una posición de neutralidad, las simpatías de este país estaban con Chile.

Desde 1819 y antes que todos, Chile había decidido establecer el almacenaje franco en Valparaíso y disminuir las tasas arancelarias, aunque estableció políticas que protegieran sus productos; buscó —con éxito— atraer a los mercaderes extranjeros pero sin desmedro del desarrollo propio.²² De manera semejante, pero sin esa claridad de fines, Gamarra trató de consolidar el del Callao como puerto libre y desde 1828 estableció franquicias para el comercio foráneo. Por último, Santa Cruz buscaría el espacio boliviano en el Pacífico impulsando el puerto de Coquimbo (1831), bajando las tarifas de entrada de este puerto y elevando las de los productos que entraran por puertos peruanos. Los problemas no se hicieron esperar. Los peruanos resintieron la limitación a la libre circulación de sus productos y como consecuencia Gamarra incrementó los aranceles del comercio boliviano que circulase por el Perú. Al borde de la guerra, Chile fue llamado como mediador; se abrieron las negociaciones y finalmente el Tratado de Arequipa (1831) conjuró el peligro.²³

En el caso de Perú y Chile, el problema era bastante más complejo y los dos personajes que a las finales entraron a tallar, Santa Cruz y Portales, representaban dos ambiciones imposibles de combinar. En un juego de contrasentidos, chilenos y capitalinos trataron de recrear el antiguo circuito mercantil virreinal tardío en términos medianamente semejantes a los que se habían desarrollado —que habían sido el fundamento de su bienestar—, pero dejaban de lado la voluntad de cada país por modernizar su aparato comercial y adecuarse a su nueva situación republicana. Por un lado se buscó repotenciar el circuito trigo por azúcar, pero por el otro no se intentaba siquiera evitar la sorda guerra de aranceles; el control del comercio de este lado del Pacífico era el mayor aliciente, sin lugar a dudas.

En efecto. Desde tiempos coloniales el mercado para el trigo chileno había sido el Perú, y el azúcar, sobre todo norteña, era el producto contraparte; circuito mercantil que vinculaba los valles costeros de Lima al norte, el puerto del Callao y el valle central de Chile.²⁴ Con la independencia, los diferentes circuitos mercantiles se vieron desarticulados de manera momentánea y, pasada la etapa militar del proceso, la paulatina vuelta a la normalidad significó la reorganización del comercio en términos conocidos. Los chilenos querían seguir colocando su trigo en el mercado peruano y veían con malos ojos la creciente compe-

²² Sobre el caso de Valparaíso, véase Eyzaguirre (1973: 490).

²³ Sobre los problemas entre Perú y Bolivia y sus respectivos intentos de mejorar la posición del Callao y de Coquimbo, ver Bruce Saint-John (1992: 27).

²⁴ Demetrio Ramos (1967) ha trabajado el tema desde la perspectiva chilena. Alberto Flores Galindo (1984) hace referencia al mismo, pero aún falta un detenido análisis desde una perspectiva peruana y norteña.

tencia del harina norteamericana (finalmente la exportación de este cereal alcanzaba el 50% de sus exportaciones en la década de 1820). Utilizaron un extraño argumento para quejarse de los aranceles peruanos: el trigo era un artículo de primera necesidad que se consumía en abundancia en el Perú, mientras que el azúcar era tan solo un objeto de lujo que tenía menor demanda en Chile; por tanto, tenían un fuerte desbalance por el exceso de pagos de aranceles que no se veía correspondido con los ingresos del azúcar.²⁵

En la guerra comercial que se estableció entre Valparaíso y el Callao jugaban a favor del primero su ubicación y sobre todo la relativa tranquilidad política del país. A pesar de su desorden, el atractivo del segundo pudo haber radicado en el largo tiempo que Lima había fungido como núcleo redistribuidor de productos; acceder al Callao era hacerlo a numerosos circuitos de comercio y redes mercantiles que se proyectaban sobre un amplio espacio, bastante mayor que el chileno por lo menos. Como en Valparaíso, Perú buscó implementar los almacenes prácticamente francos; pero convertir al Callao en un puerto de depósito requería que se propiciara el tráfico directo. Hacia 1832 se dictó medidas discriminatorias para aquellos barcos que no pasaran directo a este puerto (Denegri 1976). Chile resintió la medida y comenzó a presionar; la amenaza de una tormenta que podía cuajar en una guerra estimuló a Gamarra a aceptar que de los tres pesos que normalmente se pagaba por la fanega de trigo en el Perú (y de azúcar en Chile) se cubriera dos en moneda y uno en billete fiscal. No contento con esto, Chile elevó los derechos del azúcar a seis pesos; como era de esperarse, Perú alzó en igual suma los derechos del trigo. Solo la intervención de O'Higgins logró frenar el problema, pero la situación se mantuvo latente y cada vez más tensa.²⁶ Chile exigía un tratado comercio que zanjara el problema del tráfico del trigo por azúcar, y sobre todo reclamaba perentoriamente el pago del préstamo que le había hecho al Perú para que finalizara su guerra de independencia, parte de un empréstito con Inglaterra que a su vez exigía el pago. Un reclamo nada despreciable pues rondaba los tres millones de pesos en 1832²⁷ y que sin mayor éxito y de manera reiterada había venido haciendo el país del sur.

²⁵ Este argumento fue señalado por Vicuña Mackena; ver Universidad de Chile (1937: VI, 294). Con respecto a la posición del Perú, en Denegri (1976) se puede encontrar esquematizado el problema del trigo y de la guerra arancelaria.

²⁶ Ver el decreto de Gamarra en Dancuart (1906: II, 186). Ver, además, Denegri (1976: 468 y ss.), Burr (1965) y Frías (1965).

²⁷ En 1823 se cedió al Perú el empréstito de 1'500,000 pesos que Chile contratara con Inglaterra. Considerando los intereses, el monto era alrededor de los tres millones para la década de 1830 (Basadre 1963: I, 179).

Dos conatos de enfrentamiento entre Perú y Bolivia —terciando Chile—, y Perú y Chile, que son la muestra de que una bomba de tiempo había sido colocada y que solo estaba a la espera del detonante adecuado para estallar. Este detonante sería el sueño bolivariano de Santa Cruz y la segunda independencia chilena de Portales.

Los aranceles fueron armas usadas entre nosotros mismos, que generaron momentos de álgidas suspicacias en nuestros países. Los múltiples bandos, de países o de grupos políticos dentro de ellos, aprovechaban cada oportunidad para tratar de jugar sus mejores cartas. Finalmente, atraer el mayor flujo de mercantes y mercaderías era la forma de ubicarse en el concierto mercantil internacional liderado por Inglaterra, país rector no solo del comercio sino también de las finanzas internacionales.

En el sur, la secuela política de la independencia fueron unos turbios años en que se intentaron diversas formas de organización. Formas que, en el caso de Perú y Bolivia, entronizaron al caudillaje: un golpe de Estado se sucedía a otro, un caudillo expulsaba al otro antes de ser él a su vez expulsado. Esta tónica política cruzaría todo el siglo XIX. Por el contrario, en Chile se dio una anarquía pero sin anarquía; no se atentó contra las instituciones e hizo de la pluma y el papel las armas preferentes en las lides políticas. Los presidentes no dejaron de lado el carácter absolutista del gobierno virreinal sino que lo fundieron en la nueva institucionalidad que representaban.²⁸ Pero común a todos fue el hecho de que los miembros del bando que resultaba perdedor no podían permanecer en su país, fuera por la violencia de que eran objeto o por opción personal. Pasaban a los países vecinos, en donde establecían verdaderos centros de disidencia política que trabajaban en contra del régimen ganador y a favor de la restitución del propio. Casi como si de un juego se tratase, había peruanos en Chile y Ecuador, bolivianos en Argentina y Chile; chilenos en Perú y Argentina; ecuatorianos en Perú y Colombia; apoyados por el gobierno anfitrión, por sus connacionales o por la simpatía de los locales del país en el que estaban.

Por eso, no resulta extraño que durante la estadía de Santa Cruz en el Perú como protector (gobernante) de la Confederación, hubiera peruanos en Chile que gozaban de las simpatías de ese gobierno y que complotaban contra el Jetiskan, como irónicamente llamara Felipe Pardo y Aliaga al mariscal de Zepita. Si bien Agustín Gamarra no contó con el favor de Portales —posiblemente

²⁸ La anarquía en Chile (1823-1830) se caracteriza por la renuncia constante de los presidentes y no por cuartelazos que los depusieran, como en el caso de Perú y Bolivia. No hay muchos golpes de estado en la historia presidencial chilena. Para que hubiera uno con el impacto semejante al de Portales en Lircay, se tuvo que esperar a 1973 y Pinochet. Joaquín Prieto, Manuel Bulnes y Manuel Montt fueron presidentes diez años cada uno. Véase Bravo Lira 1986: 43-53.

porque él también tenía su propio sueño bolivariano—,²⁹ sí lo tuvieron Felipe Pardo, Andrés Martínez y Manuel Ignacio de Vivanco. *Gamarrista, bermudista y salaverrino* que estaban convencidos de que la Confederación era *una tiranía brutal y extranjera* (Basadre 1948: 243) y que, por lo mismo, coincidían con las expectativas del ministro chileno: acabar con ella. Inclusive Pardo y Aliaga se ganó el favor de la opinión pública chilena, en la línea de la costumbre local, con su brillante pluma y a través de un periódico que fundara, *El Intérprete*,³⁰ exclusivamente dedicado a ensombrecer la gestión de Santa Cruz y destruir la Confederación. Hasta Ramón Castilla participó activamente de la vida chilena, no solo por haber estudiado unos pocos años en Concepción sino por su actuación en Cerro Barón, cerca de Valparaíso, al ayudar a debelar el motín de Quillota en el que perdiera la vida Diego Portales.³¹

De modo semejante podemos entender la acogida de exiliados políticos chilenos en el Perú, como Bernardo O'Higgins, quien se afincaría en el país, y sobre todo Ramón Freire, cuya malhadada aventura sería la perfecta excusa para gritar a todos los vientos la confirmada voluntad expansionista de Santa Cruz y el detonante de la guerra contra la Confederación.

Como en el momento culminante de un drama, los personajes políticos centrales fueron apareciendo casi al mismo tiempo en el escenario. En 1829, Gamarra, Santa Cruz y Portales ascienden al poder de sus respectivos países; usando la fuerza el primero, tras haber sido elegido el segundo, y mediante la concentración de poderes y la argucia política el último. En el Perú, dos años antes, liberales y conservadores —quizá mejor ubicables como norteños y sureños—, tuvieron un primer enfrentamiento por única vez no militar sino en las urnas —por restringidas que éstas fueran—. En ese momento, Santa Cruz tenía muy pocas posibilidades; se le vinculaba con el temido y odiado Bolívar. La Mar fue elegido presidente del Perú y trató de desarrollar una administración equilibrada; pero era difícil lidiar con el desorden reinante y con el rechazo a

²⁹ Fue a Gutiérrez de la Fuente a quien se le permitió acompañar a Blanco Encalada, al mando de la primera expedición restauradora. Gamarra solo tuvo espacio una vez muerto Portales (Basadre 1948: 243).

³⁰ Pardo y Aliaga, después de haber sido representante por el Perú, se quedó como emigrado y trabajó en contra de la Confederación. La prensa chilena ya lo conocía porque había sido redactor de *El Aracano*, importante periódico de la época, dirigido en ese momento por Andrés Bello. Véase Silva Castro (1958: 125).

³¹ Es interesante ver que Castilla era descendiente de una familia que podríamos llamar de «cateadores», que buscaban el mineral en las áridas costas de Tarapacá y Antofagasta; su padre fue bonaerense y por sus venas corría sangre indígena de la que estaba muy orgulloso. Sobre Castilla, véase su breve aunque interesante semblanza de la *Revista Blanco y Rojo* (1920). Más recientemente su vida ha sido reseñada por Percy Cayo (1994).

algunas de sus políticas que inclinaban, en exceso, la balanza de poder hacia el bloque norteño, como sus incipientes políticas arancelarias de corte perfeccionista³² y su interés por la frontera norte. Con la anexión de Cuenca no solo legitimaba su Presidencia sino, sobre todo, mantenía unido el segundo gran eje económico norteño (Piura-Loja-Cuenca) y consolidaba el poder de esta elite.³³ Al año siguiente y con un golpe obviamente combinado, sube un, hasta ese momento, amigo y partidario de Santa Cruz: Agustín Gamarra.³⁴ Ambos con Gutiérrez de la Fuente formaron un «triumvirato nefasto» —al decir de Basadre— que, en teoría, iba a realizar el sueño bolivariano de confederar estados, con iguales derechos y obligaciones: Bolivia bajo Santa Cruz; el Estado Norperuano gobernado por Gamarra; y el Estado Surperuano dirigido por Gutiérrez de la Fuente.

Pero sentado en el sillón presidencial otra sería la perspectiva de Gamarra e intentaría realizar su propio sueño: reunificar el Alto y Bajo Perú —que no debían haber sido separados— cuyo polo político de poder indiscutible era Cuzco; una gran región que conformaba una unidad histórica con el norte y que tenía como capital a Lima. Su actitud signa unos difíciles años de relaciones entre Perú y Bolivia, que rebasaron los años de la Confederación. Entre 1829 y 1833, Gamarra rigió los destinos peruanos y se mantuvo constantemente movilizado contra Bolivia y su ex compañero de estudios y amigo, Santa Cruz; continuamente le recordará que a él le debía la presidencia boliviana.³⁵ Pero interna-

³² La Mar colocó un 4% de aranceles al salitre que comenzaba a exportarse en la época (1828) y que impulsaría el surgimiento y despegue de Iquique. A pesar de eso, no había sido una medida muy bien recibida. En 1839 Castilla dispuso que no se pagara los derechos de exportación del salitre en Tarapacá y que, por el contrario, se cancelasen las fianzas que tenían otorgados los exportadores para esto. Esta liberación solo duró un año, pues en 1840 el reglamento de comercio reimpuso el avalúo (Billinghurst 1886: 27-29).

³³ Es interesante señalar que para Palomeque es sorprendente la aceptación que tiene La Mar en Cuenca (comunicación personal). Probablemente porque mantener unido dicho eje le ofrecía a la elite cuencana, estrechamente vinculada por sangre e intereses con el norte del Perú, la posibilidad de compartir la suerte de la triunfante elite norteña y de ubicarse favorablemente en el nuevo escenario republicano, por más que este fuera peruano. No se deje de lado que, aun hoy en día, La Mar es considerado como un héroe local.

³⁴ Es un golpe combinado porque con un día de diferencia, Gutiérrez de la Fuente toma Lima a nombre de Gamarra mientras que este mariscal captura a La Mar en Piura y se nombra presidente del Perú (6 y 7 de junio de 1828). La excusa, la mala conducción de la guerra contra la Gran Colombia y Bolívar, aunque es conocido que en un momento determinante Gamarra se negó a la participación del ejército del Sur (Basadre 1963: I, cap. 12).

³⁵ Eso fue verdad. En 1828, Gamarra incursiona por el Alto Perú y apoya a Santa Cruz, que subía de Chile, para que ocupe el puesto al que legítimamente había sido elegido. Vargas Ugarte (1966: VIII), Basadre (1948, 1963).

mente Gamarra no contaba con el apoyo de todos los sectores y tuvo que enfrentar varios conatos de revueltas, como la de Felipe Santiago Salaverry. Situación que se agudizó con la creciente presión chilena sobre dos puntos económicos neurálgicos que, como hemos visto, encendían cada vez con más fuerza las pasiones políticas: la liberación de derechos al trigo chileno y el pago del empréstito cedido al Perú.

Santa Cruz tuvo que renunciar a su cargo como diplomático por el Perú ante el gobierno de Chile para ocupar la presidencia de Bolivia, puesto para el que había sido formalmente elegido. En teoría, gracias a esa experiencia pudo, por un lado, vislumbrar el interés del gobierno chileno por los ricos territorios del norte de Copiapó, sobre el desierto de Atacama, hacia donde impulsaba a sus connacionales; y por el otro, tener claridad con respecto al control del comercio marítimo.³⁶ Su tesonera y acertada labor administrativa marca un hito de paz y tranquilidad en la república boliviana y despierta en muchos peruanos, y sobre todo chilenos, el temor por su vocación bolivariana, de que llegue a concretar su sueño de unir Perú y Bolivia. El éxito de su gestión le hace ganarse la antipatía del primer ministro chileno, lo cual no le es fácil aceptar a Santa Cruz: «Pienso que Ud. Se equivoca al creer que el Sr. Portales tenga alguna queja sobre mí», escribiría a su plenipotenciario en Chile, pues, por el contrario, aunque no había prestado atención a su conducta no encontraba *sino testimonios de honradez y patriotismo*.³⁷ Tampoco gozaba de la simpatía de los peruanos, quienes no encontraron mejor modo de frenar su popularidad que satirizando su ser mestizo; diversos escritos y sobre todo poemas se ensañaron con el *cholo jetón*.³⁸ Por último, un buen sector de bolivianos resentían sus grandes simpatías y esperanzas por el Perú sin llegar a comprender la fuerza de la confederación política. A las finales, el mariscal se vio atrapado entre dos fuegos: era considerado boliviano en el Perú y peruano en Bolivia.³⁹

Nunca como presidente pero sí como primer ministro, Diego Portales se convirtió en el verdadero poder del gobierno chileno. A partir de 1829 y apo-

³⁶ La opinión de que Santa Cruz comprendió durante su misión diplomática la proyección de Chile es algo interesante que, sin embargo, creo que hay que matizar; finalmente, Aníbal Maúrtua (1920: 393), en el mejor estilo de su época, no presenta fuente para su afirmación y no puede olvidarse que era contemporáneo con los álgidos problemas limítrofes con el sur a principios de siglo.

³⁷ No deja de ser interesante la opinión despreocupada de Santa Cruz sobre Portales; era 1833 y todavía faltaba mucho por desenvolverse en el drama de la Confederación. Ver la carta, firmada en Chuquisaca a 18 marzo de 1833, en Santa Cruz (1992: III, 40).

³⁸ Así lo llama Pardo y Aliaga. Basadre (1948: 175-178), pero en particular Méndez (1995), trabaja ese desprecio y ataque racista de que fue objeto Santa Cruz.

³⁹ Finot (1946: 216) afirma que este mariscal *nunca fue boliviano de corazón*. La frase final, en Basadre (1948).

yando al general Joaquín Prieto, logró imponer una república autoritaria y educadora, ni *monarquía dinástica absoluta ni democracia prematura y desorbitada*.⁴⁰ Este controvertido personaje, que hasta hoy sigue desatando pasiones, como buen mercader de la época era un acérrimo librecambista que centraba en el comercio las expectativas del Estado, pero se apoyaba en el proteccionismo para el desarrollo nacional. Es quizá por eso que cuando dejó el cargo de primer ministro en 1833 ocupó el de gobernador de Valparaíso, puerto al que quería convertir en un verdadero enclave mercantil y primer puerto del Pacífico Sur. Pero la amenaza de la Confederación no lo dejaría tranquilo y retomaría el puesto de primer ministro con la idea fija de destruirla.⁴¹

Con su visión de la política interna, Portales estampó un sello muy particular a su gobierno autocrático y conservador: en un momento de apertura generalizada a los extranjeros, establece que estos no deben estar nunca por encima de los chilenos y que ante el gobierno los productos nacionales tienen siempre mayor estima que los foráneos. Gran diferencia con el Perú, pues, como el mismo primer ministro había escrito durante su poco afortunada estadía en Lima (1821-1822), *este pueblo se desvive por todo lo extraño y aborrece lo suyo*,⁴² la preferencia es siempre para el extranjero. Es interesante notar que aunque no pudo comprender la lógica mercantil del Perú, sí captó su idiosincrasia; su experiencia con el deslumbramiento y la novelería limeña, con el desorden y el oportunismo peruano lo reafirmaron en su idea de una política de mano fuerte en el gobierno. La aceptación del libre cambio por parte de Portales no pasaba por la apertura incondicional de Chile a los europeos; quizá por eso, a pesar de la ubicación estratégica de Valparaíso y el orden en política interna, el poco interés que despertaba este país entre los cónsules ingleses, quienes centraban su atención en el Perú. No obstante, también es posible que jugara a favor de este último país lo que creía hasta el mismo Portales, que Perú era la *tierra del oro y Chile la tierra de la miseria* (Cruz y Feliú 1936: I, 192).

Santa Cruz y Portales, dos grandes genios administrativos, buscaron potenciar y desarrollar sus respectivos países; entendiendo el uno al Perú y Bolivia como una unidad y el otro resintiendo esa unión como una amenaza para su,

⁴⁰ Este juicio fue compartido por la camarilla de gente cultivada que rodeó siempre a Portales, como Andrés Bello y Mariano Egaña, cuyas ideas tuvieron siempre gran acogida en el primer ministro (Eyzaguirre 1973: 539).

⁴¹ Véase Eyzaguirre (1973: 352). Sobre las pasiones que desata este fascinante personaje, baste ver el culto historiográfico de que ha sido objeto Portales, personaje al que Villalobos (1989) se encarga de desmitificar y poner en el plano de la realidad.

⁴² Cruz y Feliú 1936: I, 173. Muy poco se sabe de la estadía de Portales en Lima, etapa de su vida que lo marcó profundamente y que le hizo detestar al Perú.

hasta ese momento, pequeño país al que buscaba proyectar como potencia latinoamericana.⁴³ Dos ambiciones que necesariamente tenían que chocar, como en efecto lo hicieron; esta parte de América no era lo suficientemente grande para contener a ambos. El problema de la continuidad de los proyectos fue menor en Chile que en Bolivia, pues Portales, ubicado en el puesto de primer ministro, aseguraba que a su falta seguirían girando las ruedas de la institucionalidad chilena; y ciertamente su muerte no derribó la presidencia de Joaquín Prieto. En el caso de Santa Cruz, presidente y caudillo de Bolivia, no hubo sucesor que llenara el vacío que dejara y, por el contrario, se fue envileciendo la representatividad de la presidencia hasta dar pie a personajes tristemente célebres como Mariano Melgarejo e Hilarión Daza.

En el Perú, Gamarra convocó a una Convención Nacional que ante su descontento eligió como presidente a Luis José de Orbegoso (1833); como resultado, Gamarra alentó el movimiento de Morales Bermúdez, apoyándose en el sur. Pero los juegos del poder no solo provenían de un grupo; los norteños también presionaron por conseguir medidas que los favorecieran y que restablecieran el tráfico complementario entre Perú y Chile, acordando un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre ambos países. La gestión de Orbegoso fue poco exitosa y no pudo conciliar los intereses en pugna. Al rechazo y la constante resistencia de Gamarra, asilado en Bolivia, se le unió la rebelión de Felipe Santiago Salaverry, personaje que se levantó aprovechando la estadia del presidente en el sur y al que las provincias se le plegaron una a una —salvo Arequipa, en donde estaba Orbegoso—.

No obstante la revolución, Salaverry no asumió la presidencia. Las presiones norteñas lo obligaron a refrendar el tratado de comercio entre Perú y Chile, firmado por el conspicuo norteño Santiago Távora y Manuel Rengifo, a pesar de que era muy poco conveniente para el Perú. Hasta su mismo gestor, Orbegoso, lo rechazó y lo derogó a su retorno a la silla presidencial (Basadre 1948: 167); ¿convicción personal o conveniencia política?, finalmente tenía que granjearse las simpatías de Santa Cruz y cooptar el trabajo de los emigrados peruanos en contra de su gobierno.

El desorden fue la oportunidad precisa para Santa Cruz, quien tanto había esperado para intervenir en el Perú e implantar la Confederación; por su apoyo, Gamarra le ofrecía retomar viejos sueños y formar una Confederación de tres estados, el del norte, el del centro y el del sur bajo el nombre y pabellón de

⁴³ Son muy interesantes al respecto las opiniones de Ulloa (1987: 38-39) sobre los «grandes designios» que tuvo cada país latinoamericano al formarse como república. En el caso de Chile, estos fueron lograr la hegemonía en el Pacífico —que se fundaba en la superioridad naval—, expandirse sobre la promisorio zona salitrera, evitar la reunión Perú-Bolivia y mantener una gran solidez institucional.

República del Perú.⁴⁴ Endeble acuerdo establecido en la emotiva cuanto ficticia entrevista de Chuquisaca que Santa Cruz no duda en romper. Finalmente desde hacía buen tiempo, cuando se hizo palmario que los intereses de uno y otro eran antagónicos, había recomendado a sus diplomáticos tomar sus precauciones: «como es preciso que trate U. al Jeneral Gamarra es preciso poner también toda prevención y aun de mi parte puedo asegurarle si no amistad al menos sentimientos muy pacíficos y nobles».⁴⁵

El otro contendiente canalizaba en el fondo toda una corriente de opinión de un bloque regional que le era antagónica; los norteños habían evitado que fuera presidente del Perú. Sin embargo, Orbegoso tiene consigo la banda mas no el asiento presidencial; y además nunca demostró mayor expectativa bolivariana que le pudiese significar una competencia en el futuro inmediato. Por el momento, la necesidad de él tiene, le permite asegurar si no el respaldo del bloque limeño-norteño por lo menos su aceptación. El resto es conocido; Gamarra se alía con su enemigo Salaverry para enfrentar al binomio Orbegoso-Santa Cruz; la lucha es entre los bandos y dentro de los bandos; perdida la batalla de Yanacocha contra el mariscal de Zepita, Gamarra es desterrado por su aliado coyuntural, Salaverry, quien en muy poco tiempo enfrentará la misma situación y correrá peor suerte: vencido en Socabaya, fue fusilado casi de inmediato.⁴⁶

Santa Cruz es el hombre más poderoso de Perú y Bolivia y de inmediato echó a andar la maquinaria que le permitiría construir su sueño. En 1836, con diferencia de pocos meses se creó el Estado Surperuano (congreso de Sicuani), el Estado Norperuano (congreso de Huaura) y, junto con Bolivia, que finalmente acepta la situación (congreso de Tapacari), la Confederación.⁴⁷

⁴⁴ Gamarra debía pasar al Cuzco e independizar el centro; Santa Cruz debía obtener el apoyo de Arequipa y eliminar a Orbegoso (Basadre 1948).

⁴⁵ Carta a Manuel de la Cruz Menéndez, quien marchaba como representante de Bolivia en el Perú, firmada en Chuquisaca, 15 de abril de 1833 (Santa Cruz 1992: 50).

⁴⁶ La batalla de Yanacocha fue el 13 de agosto de 1835; la de Socabaya, el 7 de febrero de 1836. ¿Por qué Santa Cruz se apresuró a fusilar a Salaverry? Todos los historiadores que estudian esta etapa señalan este hecho como innecesario; ¿odios personales?, ¿lo consideraba una amenaza? Sería interesante ver qué estaba en juego o qué fuerzas realmente aglutinaba Salaverry detrás suyo como para que el mariscal optara por eliminarlo. Que Santa Cruz sopesaba sus opciones y no era partidario de la violencia inútil queda ampliamente demostrado en Paucarpata y el tratado que firmara.

⁴⁷ El Congreso de Sicuani se llevó a cabo entre el 16 y el 22 de marzo de 1836, aunque el Estado Norperuano se creó el día 17. El de Huaura se dio entre el 3 y el 24 de agosto de 1836, pero se sancionó el 6 de dicho mes. El de Tapacari se realizó el 20 de junio de 1837 y finalmente se declaró inaugurada la Confederación el 28 de octubre de 1836. Esta empezó a funcionar en el Congreso de Tacna (18 de abril de 1837), lugar escogido para evitar las suspicacias entre Cuzco y Arequipa y en donde se reunieron tres representantes de cada estado. Véase Basadre 1948: 166-168, 1963, 134-136; y Abecia 1979: 418.

Sin esperar a la muerte por la desunión que, al parecer, de todos modos hubiera clausurado el sueño de Santa Cruz,⁴⁸ Portales intervino en el asunto; su oportunidad: el *affaire* Freire antes mencionado. Un militar chileno, exiliado en el Perú, dirigió una expedición en contra de ese primer ministro, financiada y apoyada por el gobierno peruano, según la versión chilena, y autónoma y desconocida por el gobierno del Perú, según la versión peruana. Ramón Freire, con solo dos barcos, partió hacia Valparaíso —a cuya altura defecciona uno de ellos, el Monteagudo que luego encabezará la contrarrevolución— pero a las finales enfiló su rumbo hacia Chiloé, quizá porque como había sido el libertador de dicha isla, confiaba en contar con el apoyo de los lugareños.⁴⁹

En todo caso, el rapidísimo y sagaz contragolpe de Portales, que capturó tres barcos de la armada peruana en momentos en que se negociaba la paz con el Perú, causó el repudio de chilenos, ingleses y por supuesto, peruanos. Pero, confrontadas las versiones, ¿para Santa Cruz, Freire no era una excelente espina, un interesante elemento disturbador en casa del enemigo, en caso de resultar la expedición?; en caso contrario, y como resultó, podía negar totalmente el conocimiento de los hechos. Pero, por otro lado, ¿hasta qué punto no fue Freire un asidero de Portales para cohesionar la opinión pública detrás de él y en contra de la Confederación y Santa Cruz? El primer ministro había sufrido numerosas revueltas improvisadas que había logrado desbaratar; ¿no podía ser Freire una más entre muchas? Quizá Santa Cruz no midió la capacidad de respuesta de Portales; quizá Portales no pensó que sería tan difícil lograr que Chile optara por declarar una guerra a Santa Cruz; solo su muerte (¿inmolación?) en Quillota logró ese objetivo.⁵⁰ En este punto aún queda mucho por investigar y reflexionar.

Dos campañas militares de «expediciones restauradoras», un terrible error de estrategia militar de Santa Cruz, el valioso apoyo de los emigrados para el ejército invasor y la anuencia- participación de Argentina,⁵¹ signaron el fin de la

⁴⁸ Esta opinión es de Álvaro Pérez del Castillo (1980). También lo deja entender Basadre al reflexionar sobre la Confederación en su libro sobre los tres países, *Chile, Perú y Bolivia independientes* (1948).

⁴⁹ Ver una beligerante opinión chilena sobre Freire y el respaldo peruano en Barros Jarpa (1956: 62-70). La visión peruana sobre la expedición Freire, en Denegri (1976: 486-496).

⁵⁰ José Antonio Vidaurre se rebeló en Quillota el 3 de junio de 1837. A pesar de que Portales fue prevenido por varios anónimos de un posible cuartelazo (es más en Quillota), el primer ministro se hizo presente en el lugar, quizá —como señala Villalobos (1989: 191-203)— a la espera de frenar el asunto y debelar el movimiento con su sola presencia. También es posible pensar que si creía realmente que enfrentaba la segunda independencia de Chile, pensara que su muerte serviría para unificar la opinión pública en contra de Santa Cruz y la Confederación, como en efecto sucedió.

⁵¹ En 1837 Juan Manuel de Rosas, presidente argentino, declaró la guerra a la Confederación sindicando a Santa Cruz como culpable de la situación en Tarija, frontera de Bolivia y Argentina (que esta reclamaba) y de prestar apoyo a los unitarios emigrados en el Alto Perú (Abecia 1979).

Confederación. La primera expedición restauradora, dirigida por Manuel Blanco Encalada y con la cooperación directa de Gutiérrez de la Fuente, fue un fracaso sonante y concluyó en el Tratado de Paucarpata.⁵² Una humanitaria opción de Santa Cruz —permitir el regreso incólume del ejército chileno— probaría haber sido una falta de visión estratégica militar; este sería el ejército que poco después retornaría con la segunda expedición.

En Chile el rechazo al tratado fue inmediato y se combinó con la muerte —cohesionadora— de Portales, que impuso la tónica de la segunda expedición restauradora: Santa Cruz fue señalado como el gran culpable de la muerte del primer ministro y de lo que sucedía en esta parte del continente. Manuel Bulnes encabezó esta vez la expedición, contando a su derecha con el general Eléspuru, a la izquierda el general Torrico y al centro el general Vidal, mientras que Gamarra fungía como director de la Guerra y Castilla como ministro general (La Redacción 1920: 388). En esta segunda oportunidad los emigrados peruanos desplegaron todas sus fuerzas; ellos conocían el terreno y tenían partidarios en el país, no obstante lo cual no faltaría alguno como Vidal que, pisando el suelo del Perú, renunciaría a hacer la guerra a los peruanos.

La coyuntura se vuelve dramática. Poco después de la entrada de los chilenos en Lima, en agosto de 1838, el Perú cuenta con siete autoridades a la vez: Santa Cruz, protector de la Confederación; Orbegoso, presidente del disidente Estado Norperuano; Riva-Agüero, presidente nombrado por Santa Cruz del Estado Norperuano en reemplazo de Orbegoso; Pío Tristán, presidente del Estado Surperuano; Gamarra, presidente de la república resurrecta del Perú; Nieto y Vidal, ambos despachando como jefes supremos en las provincias del norte ante la ausencia de un poder central (Basadre 1948: 173). Orbegoso, sin ponerse de acuerdo con Santa Cruz, se aleja para siempre de la política peruana y marcha al exilio.

Por su parte, el mariscal se apresura a perseguir a Manuel Bulnes y al ejército restaurador hacia la sierra central. Tras rechazar un intento de paz muy poco antes de Yungay, Santa Cruz da la batalla y pierde; bien se entienden su desesperación y sus lágrimas.⁵³ Huido al sur, en plena marcha hacia Bolivia se entera de

⁵² Este tratado consistió en que Chile tenía que devolver los barcos que había capturado Victorino Garrido meses antes y que los 3 200 hombres que enviara tendrían seis días para regresar a Chile. Por su parte, Perú se comprometía a establecer rápidamente un Tratado de Comercio y a reconocer la deuda por el empréstito de la guerra de independencia (Basadre 1948: 171).

⁵³ Hubo varios intentos de paz, por los oficios del cónsul inglés Wilson y del chileno Bernardo O'Higgins, antes y después de Yungay. Luego de esta batalla, Santa Cruz marchó en tan solo cuatro días hacia Lima, donde, dirá Basadre (1948: 175), «en el Palacio de Riva-Agüero al reconocerse vencido, él tan frío y tan reservado, lloró».

su derrocamiento en ese país y escapa al Ecuador con ayuda de los ingleses. Desde allí seguiría organizándose para llevar a cabo un nuevo intento de construir su sueño. Su retorno implica su captura y su destierro a Chillán, en el sur de Chile; de allí solo saldrá para Francia, donde terminará sus días como representante diplomático boliviano.

El tercer personaje del drama, Gamarra, lidiará con el ejército chileno vencedor casi como si fuera uno de ocupación; firmó una convención militar con Bulnes, por la que se obligó a otorgar subsidios y recursos de todo género al ejército chileno; se comprometió a pagarle los gastos de estadía y finalmente a reconocerle deudas y reembolsos (Basadre 1948: 173), agudizando la ya de por sí difícil situación del erario nacional. Sin embargo, no dejará de lado su afán de reunir el Alto y Bajo Perú; su obsesión lo llevará a un nuevo enfrentamiento con Bolivia. Pero esta vez no le sería tan fácil como en 1828; en 1841, su peculiar sueño bolivariano lo llevará a Ingavi y a la muerte.⁵⁴

Ramón Castilla es quien despunta entre los diferentes caudillos que surgen a la caída de Gamarra. Terminará imponiéndose a Vivanco, interesante personaje en cuyo gobierno encontramos algunas tendencias de corte republicano y quien, quizá por su experiencia chilena como emigrado, estaba convencido de realizar la segunda independencia del Perú pero no pudo resistir la fuerza de Castilla. Este, por su parte, había sido educado en Chile y durante su periodo como emigrado tuvo una activa participación en la vida chilena: llegó a ser condecorado por su accionar durante el motín de Quillota y su debelamiento. Curiosamente, será Castilla quien logre frenar, no cancelar, el desorden interno y apaciguar los ánimos regionalistas. Una suerte de «tranquilidad», tan resaltada historiográficamente, que en realidad es la muestra de un presidente lo suficientemente enérgico como para enfrentar, con repetido éxito, un buen número de revueltas y quizás hasta para, en cierta medida, conciliar los intereses centrifugos internos del país.

Nuevos personajes aparecen y comienza a tejerse un nuevo drama. Con una tradición diferente, Castilla no intentará la reunificación de Perú y Bolivia. La relativa estabilidad política de su gobierno le permite aprovechar la riqueza fазлаз generada por el guano, plantear un renovado interés por el control del Pacífico —implementando y mejorando la marina peruana— y proyectarse como líder continental, aunque sea fugazmente. Así como Portales definió aquello que

⁵⁴ No debe olvidarse que en 1828 Gamarra entra con facilidad en el Alto Perú y consolida la posición de Santa Cruz en Bolivia. Pero otra será la situación en 1841; con la guerra en su contra, Gamarra busca concluir la sin un solo disparo, negociando con José Ballivián y rechazando la opinión más radical de Castilla de continuarla. Resulta bastante atinada la ironía de Basadre (1948: 193) cuando señala que Gamarra cuando pudo no quiso (1828) y cuando quiso, no pudo (1841).

no quería para Chile durante su estadía en el Perú, Castilla pudo haber tenido una claridad de metas sobre lo que debía buscarse para el Estado peruano a partir de su experiencia chilena, solo que el Perú era muy diferente. Interesante punto al que únicamente mayores estudios podrán dar nuevas luces.

Con este epílogo se cierran los últimos sueños bolivarianos de Santa Cruz y de Gamarra, de los que al menos se plasmó, fugazmente, el del primero; en realidad, el segundo no pasó de ser meras agresiones de corte expansionista contra Bolivia. No podemos saber en qué medida el mariscal de Zepita buscaba reunir el Perú y el Alto Perú —que habían sido separados por Sucre— como respuesta a una vocación regionalista. Se sabe que los intereses de las elites alto-peruanas rebasaban el mero espacio geográfico regional y que se vincularon activamente con las del sur del Perú (Irurozqui 1993). Es posible que ambas estuvieran interesadas en consolidar o recrear, a semejanza de los norteños, un eje económico particular: el de la cordillera a la costa, en este caso. Un eje que, dicho sea de paso, la tradición y el devenir histórico habían establecido durante siglos.

La reunión de Perú y Bolivia era una amenaza para estados aún no consolidados y en proceso de construcción como naciones, una unión que resentía Argentina y hasta Brasil pero Chile en especial. Este último país, pequeño pero vital, se volcaba hacia el mar y competía con Perú y Bolivia por el control del Pacífico. Hubiera sido imposible competir con ambos estados si estaban unidos; la potencialidad de sus recursos ya para la época eran muy altos: para 1835, sus ingresos, sumados, sobrepasaban los seis millones de pesos frente al 1'800,000 de Chile;⁵⁵ un eje que hasta hoy resulta muy interesante económicamente hablando y que en varias ocasiones se ha intentado potenciar.

Sin embargo, no era fácil cohesionar a la opinión pública contra esa grave amenaza más intuitiva que palmariamente real. Otra cosa era centrarla en un personaje de carne y hueso como Santa Cruz, a quien se le podía achacar un gran interés por aumentar su poder a través de la expansión; su objetivo era la reconstitución del Estado virreinal y hasta del incario, recontrolando el territorio de los vecinos; de allí la intranquilidad argentina y la llamada segunda independencia de Chile. Un «objetivo» amenazante y temible, más que posiblemente infundado. Porque, ¿cuán real era la posibilidad de reconstruir el virreinato del Perú? En la época, la idea monárquica estaba completamente devaluada e incluso percibida como retardataria y antagónica a la República, percibida como el

⁵⁵ Son observaciones de un sueco, Gosselman, que recoge Denegri (1976: 502). La diferencia en el peso demográfico fue también importante 2 750 000 habitantes en Perú y Bolivia frente a 1 300 000 en Chile.

ideal de gobierno. Por otra parte, era totalmente ilusorio pensar que se podía reconstruir el Tawantinsuyu; ya había pasado el momento de utilizar la figura del imperio inca para legitimar la voluntad de separarse de España.

La derrota de la Confederación le significó a Bulnes un gran prestigio popular que poco después lo llevaría a la presidencia, sancionando la ya de por sí estable política chilena. Ese respaldo le permitió lanzarse a la consolidación del territorio en momentos en que eran percibidas las amplias posibilidades de ciertos recursos como el guano. ¿Será realmente casual que en 1842, conjurada la última pesadilla bolivariana con la muerte de Gamarra (1841) y la galopante desorganización política que enfrentaba Bolivia, Bulnes haya reivindicado los derechos de Chile hasta el paralelo 23 y las riquezas guaneras y mineras (salitreras) allí existentes? Además, al año siguiente incorporó la región del Estrecho, incluida la Patagonia —que tantos problemas le causaría con Argentina— e inició la conquista real de la Araucanía, al sur del Bío-Bío; regiones que, en la práctica, lograría colocar definitivamente bajo el Estado chileno solo treinta años después. La combinación de estabilidad política y economía fuerte convirtió al pequeño Chile en un pujante país cuyas expectativas de desarrollo requerían de una mayor base territorial.

En el trasfondo, detrás de la Confederación, su génesis y su fin, estuvo el término de los ensayos de organización política que, en Chile, concluyeron en una inusual, por temprana, estabilidad política. El caso de Bolivia y en particular el del Perú fueron dramáticamente diferentes: la clausura del proyecto bolivariano de Santa Cruz sancionó la división del Alto y Bajo Perú y reinició, con mayor o menor virulencia y solvencia económica, una etapa de caudillaje que impediría definir sus proyectos nacionales y encauzar adecuadamente sus destinos. Por otro lado, el término de la Confederación relevó la consolidación de grandes bloques regionales en el subcontinente, exitosos en un doble proceso: sancionar a sus respectivos centros tradicionales de gobierno como polos de poder de intervención directa en el conjunto de sus propios espacios regionales y convertirse en verdaderas repúblicas, diversas y distintas, que no correrían nunca más el riesgo de desaparecer como países.

Bajo una perspectiva de mayor aliento, está el control económico del Pacífico. El tema fue aparentemente clausurado con esta primera guerra entre Perú, Bolivia y Chile, en la que quedó sancionado un equilibrio continental con Valparaíso como el principal puerto de atraque del comercio internacional en el sur y Chile como un pequeño pero potente Estado. Situación que se modificará, por un lado, con el guano y la solvencia económica peruana seguida de intentos de liderazgo continental (Castilla), y por el otro, con los requerimientos económicos de la población chilena que llevará a este país a rebasar rápidamente los marcos establecidos con el término de la Confederación. El tema se reabrirá con mucho mayores bríos y terribles alcances con la explotación y la creciente

demanda de productos apetecidos y bien cotizados en y por los mercados europeos; primero el guano, pero en particular el salitre. La historia no tardará en repetirse, mucho más dramática esta vez, bajo nuevas situaciones y marcos políticos. Perú, Bolivia y Chile volverían a chocar; pero el sustrato ya no será la necesidad de fijar sus espacios en el subcontinente sino configurar cada cual, de mejor o peor manera, su Estado-nación.

Más de un siglo después, esos últimos sueños bolivarianos pueden ser leídos como los primeros intentos de integración a pesar de la compleja problemática y las motivaciones en torno al drama que envolvía una voluntad unificatoria a través de la separación y la delimitación con el vecino. Hoy en día la apuesta de América Latina debe ser por una real integración que supone desarrollar una apropiada política de fronteras vivas y de apoyo a las interrelaciones sociales y económicas subregionales que nos permita difuminar, o por lo menos convertir, las líneas de frontera-muro de contención en traslúcidas cortinas fáciles de ser traspasadas. Es decir que la apuesta es, casi como el arte abstracto, borrar el objeto que sin embargo no deja de estar presente o indeleble por su esencia.

Bibliografía

- ABECIA VALDIVIESO, Valentín. *Las relaciones internacionales en la Historia de Bolivia*. La Paz, Cochabamba: Los Amigos del Pueblo, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, 1979, 2 t.
- ALDANA RIVERA, Susana. «¿Ocurrencias del tiempo?: fenómenos naturales y sociedad en el Perú colonial». En: GARCÍA ACOSTA (ed.). *Historia de los desastres en América Latina*. México: Ciesas, La Red, t.1, 1996, pp. 167-194.
- «Los comerciantes piuranos (1700-1830): el soporte humano de una región económica». Lima: Flacso-Quito, 1992.
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983, 315 p.
- BARROS JARPA, Ernesto. *La segunda independencia*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1956, 112 p.
- BASADRE, Jorge. *Chile, Perú y Bolivia independientes*. Barcelona, Buenos Aires: Salvat, 1948, 880 p.
- *Historia de la República del Perú 1822-1933*. Lima: Universitaria, 1963, 15 t.
- BLANCO Y ROJO, REVISTA 1920.
- BILLINGHURST, Guillermo. *Estudio sobre la geografía de Tarapacá*. Santiago de Chile: El Progreso, 1886, 113 p.
- BRAVO LIRA, Bernardino. *El Presidente en la historia de Chile*. Santiago de Chile: Universitaria, 1986, 95 p.
- BRUCE SAINT JOHN, Ronald. *The Foreign Policy of Peru*. Boulder, Londres: Lynne Rienner, 1992, 269 p.

- BURR, Robert. *By Reason or by Force: Chile and the Balancing of Power in South America, 1830-1905*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press, 1965, 322 p.
- CAYO CÓRDOVA, Percy. *Ramón Castilla*. Lima: Brasa, 1994, 124 p.
- CHOCANO, Magdalena. *Comercio en Cerro de Pasco a fines de la época colonial*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), 1982, 96 p.
- CRUZ, Ernesto de la; y Guillermo FELIÚ. *Epistolario de don Diego Portales, 1821-1837*. Santiago de Chile: Ministerio de Justicia, 1936, 3 t.
- CUSHNER, Nicholas. *Lords of the Land. Sugar, wine and Jesuit Estates of coastal Perú 1600-1767*. Albany: State University of New York Press, 1980, 224 p.
- DANCUART, Emilio. *Anales de la hacienda pública del Perú: historia y legislación fiscal de la República*. Lima: Imprenta de la Revista, 1906, 2 t.
- DELER, Jean Paul. *Ecuador: del espacio al Estado nacional*. Quito: Banco Central del Ecuador, 1987, 341 p.
- DENEGRI LUNA, Félix. *Perú y Ecuador: apuntes para la historia de una frontera*. Lima: Bolsa de Valores de Lima, Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996, 378 p.
- . *Historia marítima del Perú: la República, 1826 a 1851*. Tomo 6, volumen 1. Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, 1976.
- ESCOBAR SEPÚLVEDA, Santiago. «La política de la integración». *Nueva Sociedad*, n.º 126, Caracas, jul.-ago. 1993, pp. 62-71.
- EYZAGUIRRE, Jaime. *Historia de Chile*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1973, 603 p.
- . *Fisonomía histórica de Chile*. Santiago de Chile: del Pacífico, 1965, 174 p.
- FINOT, Enrique. *Nueva historia de Bolivia: ensayo de interpretación sociológica*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1946, 413 p.
- FLORES GALINDO, Alberto. *Aristocracia y plebe: Lima, 1760-1830*. Lima: Mosca Azul, 1984, 270 p.
- FRÍAS VALENZUELA, Francisco. *Historia de Chile: tomo 3, La República*. Santiago de Chile: Nacimiento, 1965, 432 p.
- GOOTENBERG, Paul. «North-South. Trade Policy. Regionalism and Caudillismo in Post independence Peru» *Journal of Latin American Studies*, vol 23 (2), Cambridge, 1991, pp.273-308.
- IREZ, Susan. *Patriarcas provinciales: la tenencia de la tierra y la economía del poder en el Perú colonial*. Madrid: Alianza editorial, 1991, 378 p.
- IRUROZQUI VICTORIANO, Marta. *La armonía de las desigualdades: élites y conflictos de poder en Bolivia 1880-1920*. Lima: Centro Bartolomé de Las Casas, 1993, 300 p.
- LAVALLE, José Antonio de; Félix DENEGRI LUNA, Félix (ed.). «*Mi misión en Chile en 1879*» y anexos. Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, 1994, 237 p.
- (LA REDACCIÓN). «Peruanos ilustres del Sur: Ramón Castilla». *Blanco y Rojo, Revista ilustrada de los peruanos en Tacna, Arica y Tarapacá*. Lima, año 1, n.º 9-10, dic. de 1920, pp. 343-348; 383-389.

- MACURTUA, Aníbal. «Antecedentes del Conquistador». *Blanco y Rojo. Revista ilustrada de los peruanos en Tacna, Arica y Tarapacá*. Lima, año 1, n.º 10, dic. de 1920, pp. 393-397.
- MÉNDEZ, Cecilia. *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Lima: IEP (serie Documentos de trabajo n.º 56), 1995, 35 p.
- PÉREZ DEL CASTILLO, Álvaro. *Bolivia, Colombia, Chile y el Perú*. La Paz, Cochabamba: Los Amigos del Libro, 1980, 300 p.
- RAMOS, Demetrio. *Trigo chileno, navieros del Callao y hacendados limeños entre la crisis agrícola del siglo XVII y la comercial de la primera mitad del XVIII*. Madrid: Instituto Gonzales de Oviedo, 1967.
- ROEL PINEDA, Virgilio. «Conatos, levantamientos, campañas e ideología de la independencia». En: Juan MEJÍA BACA (ed.). *Historia del Perú: tomo 13, Perú Republicano*. Lima: Juan Mejía Baca, 1980, pp. 10-392.
- SALAS, Miriam. *De los obrajes de Canaria y Chincheros a las comunidades indígenas de Vilcashuamán. Siglo XVI*. Lima: Sesator, 1979.
- SANTA CRUZ SCHUCHKRAFFT Andrés de. *Archivo histórico del Mariscal Andrés de Santa Cruz, 1833-1834*. La Paz: Universidad Nacional Mayor de San Andrés, 1992, 3 t., 239 p.
- SCHWARZER, Jorge. «El Mercosur: la geografía a la espera de los actores». *Nueva Sociedad*, n.º 126, Caracas, jul.-ago., 1993, pp. 72-83.
- SILVA CASTRO, Raúl. *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1958, 413 p.
- TAMARIZ, Domingo. *Historia del poder: elecciones y golpes de Estado en el Perú*. Lima: Jaime Campodónico, 1995, 440 p.
- UNIVERSIDAD DE CHILE. *Obras completas de Benjamín Vicuña Mackena*. Santiago de Chile: Imprenta de la Dirección de Prisiones, 1937, 8 t.
- ULLOA SOTOMAYOR, Alberto. *Para la historia internacional y diplomática del Perú: Chile*. Lima: Atlántida, 1987, 400 p.
- URRUTIA, Jaime. *Huamanga: región, proceso e historia: 1536-1770*. Ayacucho: Universidad San Cristóbal de Huamanga, 1984, 222 p.
- VARGAS UGARTE, Rubén. *Historia General del Perú*. Lima: Carlos Milla Batres, 1966, 10 t.
- VILLALOBOS, Sergio. *Portales, una falsificación histórica*. Santiago de Chile: Universitaria (Imagen de Chile), 1989, 233 p.
- *Chile y su historia*. Santiago de Chile: Universitaria (Imagen de Chile), 1994, 391 p.